

Biblioteca-Film

EL MUDO MANDATO

N.º 124

20

cénts.



ALMA TELL
EDMUND LOWE



EDWARDS, J. Gordon

Año III

Núm. 124

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Calabria, 96



Teléfono 173-H

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

The Silent Command, 1924

El Mudo Mandato

(Superproducción FOX)

Emocionante novela de intriga y amor

Exclusiva: Hispano Foxfilm S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

Guión de Paw Kelly firmado de una historia de Rufus King

REPARTO:

Decatur	EDMUND LOWE
La Sra. de Decatur	Alma Tell
Peg Williams	Martha Mansfield
Histow	Belo Lugosi ✓
Menchen	Carl Herbaugh
El Almirante Nervins	Byron Douglas
Gridley Nervins	Gordon Mac Edward
Dolores	Betty Jewell

Reverte ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

"BIZARRE" N° 24/25 ser Ermentre 1962

En el año 1914—tristemente célebre en la historia por haberse iniciado durante el mismo la mayor guerra que asolara la humanidad—se realizó un sueño de cinco siglos: la unión del Atlántico con el Pacífico, por medio del Canal de Panamá.

Es ésta una de las obras más soberbias de la ingeniería moderna y constituye perdurable monumento a la memoria de Roosevelt, Goethals y Gorgas.

Nunca se ponderará bastante la importancia comercial del Canal. Uniendo el Océano Atlántico con el Pacífico se han transformado los hemisferios Oriental y Occidental al acortar extraordinariamente las comunicaciones entre ambos.

Si la magna obra del Canal de Panamá tiene importancia suma bajo el punto de vista comercial, no la tiene menos bajo el aspecto estratégico para los Estados Unidos que tienen la llave del Canal.

En el caso posible de un ataque marítimo por el Océano Atlántico, los americanos del Norte podrían, en pocas horas, reunir las escuadras de ambos mares Pacífico y Atlántico... y viceversa en el caso de un ataque por el Japón por la parte Oriental o sea por el Pacífico.

Esa importancia estratégica es de tal importancia, que los EE. UU. no han querido dar a la publicidad los planos del Canal que guardan cuidadosamente en los archivos secretos del Departamento de Guerra.

Además, los americanos estrechan la vigilancia en el Canal, sin permitir que los extran-

jeros, bajo ningún pretexto, examinen las esclusas, para evitar un golpe de mano por los espías extranjeros.

En lo que fué Istmo de Panamá, no lejos de la esclusa de Gatun, unos extranjeros han establecido, bajo la apariencia de pacíficos cosecheros de azúcar, su centro de espionaje.

Son éstos Benedict Histow, siniestro personaje: buitre que vive de la guerra, y Menchen, un aventurero, dispuesto siempre a servir a quien le pague mejor.

Estos dos personajes son los jefes espías y, bajo sus órdenes, trabajan un enjambre de traidores so capa de obreros destinados al cultivo y manipulación de la caña de azúcar.

Han sentado sus reales en una casa construída, como hemos dicho, no muy alejada de la indicada esclusa, en el centro de la plantación de Histow.

En la habitación más recóndita y disimulada de la casa donde sólo penetran los iniciados y cómplices de aquella cuadrilla de espías, existe un sistema de "oídos mecánicos" que se extiende por toda la zona, mediante el empleo de "dictógrafos".

Con ayuda de estos ingeniosos aparatos, desde aquella sala, con sólo encasquetarse los auriculares, los espías pueden seguir las conversaciones habidas en el palacio del Gobernador del Canal y en las oficinas técnicas.

En esta habitación misteriosa, hallanse Histow y Menchen, el primero sentado, con un casco de dos auriculares; el segundo a su lado, de pie.

—Calla, Menchen, que oigo pasos en el despacho del Gobernador... Toma un auricular.

Este obedeció y sucedió un gran silencio.

En los ojos de los escuchas brilló una luz y sus labios dibujaron una sonrisa. Al cabo de un momento, se despojaron de los auriculares. Histow, levantándose, interrogó a Menchen:

—¿Qué te parece?

—¡Admirable!... Existen planos y hay que dar con ellos.

—Ya has oído... En la caja de caudales. Hay que averiguar dónde está esa caja de caudales y apoderarse de los planos esta misma noche.

—Sí, Histow; en ese plano debe constar, como es natural, el lugar donde se ocultan las bombas para hacer estallar las esclusas en el caso de una invasión extranjera...

—¡Claro!... Bueno, Menchen, quita el "diptógrafo" de aquí. Pueden descubrirlo y ya no nos sirve. Dispón un asalto al palacio del Gobernador para esta misma noche.

—Fácil nos será, pues allí tenemos agentes nuestros.

¿Qué habían oído los espías?...

Vamos a comunicarlo a nuestros lectores.

II

El Capitán Decatur, de la Marina de Guerra de los EE. UU. es el descendiente de una familia famosa en los anales de la Marina.

El Capitán Decatur, joven aún, pues apenas tiene treinta años, ha sido comisionado por el ministro de la Marina para hacer el plano con la situación de las minas para defensa del Canal.

Tiene Decatur su oficina en el mismo Palacio del Gobernador. Allí lo vemos trabajando con febril anhelo, durante días y días.

Por fin, se levanta de su asiento y con satisfacción murmura entre dientes:

—¡Ya está!

Recoge sus papeles, los enrolla y sale de su despacho dirigiéndose al del Gobernador, a cuya puerta llama con los nudillos.

—¡Adelante!—responde una voz cascada.

Penetra Decatur y se cuadra ante el Gobernador que permanece sentado en su poltrona.

—¡Mi general!

—Entre usted, Decatur... ¿Cómo va ese plano?

—Aquí traigo el croquis, mi general...

—¿Terminado?

—Terminado.

—¿Ha sacado usted un solo plano original?

—Uno solo...

—Sin embargo, se necesitan dos: uno que yo debo guardar y otra copia que deberá usted llevar al archivo de la Secretaría de Guerra en Washington.

—La invulnerabilidad del Canal depende de este plano y no me atrevo a correr el riesgo de hacer una copia aquí.

—¿Entonces?

—El plano que he terminado lo puede usted guardar aquí. Yo iré a Washington y allí, en la misma Secretaría de Guerra haré una copia.

—¿De memoria?

—No me será muy difícil sacar, de memoria, una copia del plano. Me parece que podré hacerlo con los ojos cerrados. Aquí tiene usted el original que acabo de terminar.

—Lo pondremos en el cofre fuerte.

—¿Jura usted, Capitán Decatur, no descubrir a nadie los secretos del Canal?

Decatur extendió el brazo diestro y con voz solemne contestó:

—¡Lo juro!

—Es preciso, Capitán Decatur, que regrese usted a Washington inmediatamente a presentar un informe completo al Jefe del Servicio Secreto de la Marina.

—Marcharé mañana mismo.

El general Gobernador tomó de las manos de Decatur el rollo de papeles y lo encerró en el cofre. Decatur salió.

Ni el Gobernador ni el Capitán Decatur podían pensarse que su conversación había sido transmitida literalmente a una distancia de seis kilómetros y recibido, por medio de ingeniosísimos aparatos radiotelegráficos, por espías peligrosos para los Estados Unidos.

La red de espionaje, dirigida por Histow, había logrado introducir a algunos de sus adeptos en el Palacio del Gobernador; y sin que éste lo notara, habían logrado reemplazar la tulipa de la lámpara colocada en el techo del despacho del Gobernador, por un micrófono en forma de tulipa.

III

Aquella noche, obscura como boca de lobo, los espías al servicio del Gobernador y sus jefes se entrevistaron para dar el golpe de mano en el Palacio de aquél.

—Vosotros—decía Histow a los falsos servidores del Gobernador del Canal—procuráis dejar abierta la puerta de dos a tres de la madrugada. A esa hora dos de los nuestros penetrarán en el recinto... Lo demás se andará so-

lo... Si no se puede lograr el plano a las buenas se logrará a las malas: se promueve un incendio en el Palacio. El Gobernador querrá salvar ese y otros documentos. Dos de los nuestros se apostarán tras de la puerta por donde forzosamente deberá salir el general Gobernador. Un golpe de maza en la nuca bastará pa-



*Peg Williams es una mujer de singular
belleza rubia (pág. 11)*

ra suprimir obstáculos enojosos y apoderarse de los planos... ¿Comprendido?

—Comprendido... ¿Y esta operación valdrá...?

—Cincuenta mil marcos oro os serán abonados en cuenta a cada uno por el Deutsche-Bank.

—Si sale bien la operación—añadió Menchen.

—¡Ah, sí!... Porque si fracasáis sólo os ganaréis dos balas en la cabeza.

La noche es oscura.

En el reloj de la fachada del Gobernador del Canal dan pausadas dos campanadas: son las dos y media.

De unos macizos del jardín salen dos hombres que ocultos por la obscuridad de la noche se acercan cautelosos hasta el edificio, empujan el portalón y penetran en el zaguán.

Los centinales situados en la puerta exterior, no advirtieron la entrada de los intrusos.

Apenas los dos hombres entraron en el zaguán, otros dos, libreteados, les hicieron luz con una lámpara sorda:

—¡Por aquí!

Penetraron en un salón.

—Aquí promoveréis el incendio... Vosotros dos os apostáis tras esa cortina por donde forzosamente ha de pasar el general... Lo demás corre de vuestra cuenta.

Un momento más tarde una densa humareda ascendía por la caja de la escalera principal.

El Capitán Decatur, que dormía en el piso superior, se dió cuenta del incendio y su primer pensamiento fué correr a despertar a su jefe, el General Gobernador.

Este salía de su dormitorio y al toparse con el capitán su primera exclamación fué:

—¡Los planos, Decatur!... ¡Hay que salvar los planos!

Corrieron al cofre. Con mano febril el General abrió, y entregando el rollo de papeles al capitán le ordenó:

—Capitán, sálvelos; mientras yo recojo otros documentos de importancia.

—Le espero, señor Gobernador.

Cuando éste tuvo los documentos deseados, bajó el Gobernador precipitadamente.

Al atravesar la puerta del gran salón, cayó al suelo a causa de un golpe de maza en la nuca.

Los espías habían errado el golpe. El plano no estaba allí. Uno de ellos se adelantó, subiéndolo la escalera, mas en aquel momento bajaba Decatur con los planos. Este vió en seguida la intención del intruso y se aprestó a la defensa.

Durante unos minutos aquellos dos hombres lucharon a brazo partido por la posesión de aquel precioso documento.

El espía logró arrebatárselo al capitán, mas éste se lo volvió a arrancar, lo rasgó y arrojólo a la parte inferior de la escalera que estaba ardiendo... El plano había sido consumido por las llamas.

Al ver los espías que sus esfuerzos habían sido frustrados, huyeron como almas que el diablo lleva.

Cuando Histow y Menchen vieron llegar fracasados a los encargados de esta misión, pusieronse furiosos y de poco pagan éstos, con la vida, el fracaso.

—No hay más remedio, Menchen—dijo Histow—, que irnos los dos a Wáshington y seguir los pasos del capitán Decatur, ¿no te parece?

—¿Cuándo se marcha Decatur?

—Mañana se embarca.

—Mañana partiremos nosotros.

IV

Estamos en alta mar a bordo de uno de los potentes acorazados de la "Majestad Gris", la

escuadra norteamericana del Pacífico, que se dirige a las costas nacionales.

El acorazado donde navegamos enarbola la insignia del almirante Nervins, suegro de Decatur y conocido "afectuosamente" entre los marinos con el apodo poco cariñoso de "Tom el Impulsivo", a causa de su mal genio.

Sobre la cubierta del "Laffayette"—éste es el buque almirante—conversan Nervins y su hijo político.

—Si seguimos a esta velocidad—dice el almirante—sorprenderemos a nuestras familias y yo llegaré a tiempo para presenciar la salida de mi hijo Gridley de la Academia Naval.

—Es verdad que Gridley termina este año los estudios.

—Brillantísimos, por cierto—saborea el padre con orgullo.

—Es un chico listo.

—¡Una verdadera vocación!

En aquel momento el almirante Nervins, haciendo pantalla con su mano, mira hacia el Sur. Un tenue penacho de humo indica que un buque parece seguir el mismo rumbo de la escuadra. Decatur, después de mirar con sus prismáticos, afirma:

—Es un mercante.

Nosotros sabemos algo más. Sabemos que en aquel buque mercante navegan, en dirección a San Francisco, Histow y Menchen, dos pájaros de cuenta que siguen las huellas del capitán Decatur.

Abreviemos la monotonía de nuestro viaje marítimo y velemos en espíritu a Wáshington,

donde hace ya veinticuatro horas llegaron nuestros protagonistas.

Sigamos los pasos de los traidores Histow y Menchen. Desde el mejor hotel, donde se hospedan, se dirigen, en un taxi, a un lujoso chalet donde entran siendo recibidos por los sirvientes con muestras de gran regocijo, lo que prueba que son conocidos y que se portan bien con la servidumbre.

—¿Peg?—inquire Ristow.

—Voy a avisarla... Pasen al recibimiento.

Peg Williams es una mujer, joven aún, de una singular belleza rubia. Esta hermosura hácela servir de palanca para lograr pingües beneficios en ciertos círculos confidenciales. Reune en su gentil persona las gracias de una virgen helénica y la felina perversidad de una Mesalina.

Hállase Peg Williams tumbada perezosamente en un diván turco, en abandonada actitud, mientras saborea un cigarrillo egipcio, y de tanto en tanto sorbe, poquito a poco, con deliciosa glotonería, una taza de legítimo moka, que humea oloroso sobre una mesita de ébano cercana.

Al ver a esta preciosa criatura de inmensos ojos rasgados, reluciendo en una mancha negra, de boca tan reducida como un capullito de clavel, y más roja aún, de cuerpo escultural, mal se puede pensar el lector que esta linda muchacha es la araña que va a tejer la tela nefasta que se va a tender en torno del capitán Decatur.

Peg Williams sonrió a sus amigos.

—¡Aquí!—les ordenó indicándoles un asien-

to muy cerca de donde se hallaba—. ¿Qué... negocio os trae por aquí?

—¿Cómo lo hueles?

—No hay que tener mucho olfato... Viéndolos a vosotros...

—Bueno, ante todo, ¿cómo estás, Peg?

—Ya lo véis... horizontal... ¿De qué se trata?

—¿Conoces al capitán de la marina de guerra Decatur?

—¿Casado con la hija del almirante Nervins?... Le conozco de vista... Es un guapo chico, muy simpático... Me gustaría tener que entenderme con él.

—Con él precisamente deberás entenderte—dijo Histow.

—El capitán Decatur—explicó Menchen—es poseedor de un secreto y nos conviene arregárselo.

—Y queréis que yo...

—Escucha, Decatur ha sido encargado por el Secretariado de Guerra de levantar el plano oficial de la situación de las minas defensivas del Canal de Panamá... En tus manos ponemos este asunto...

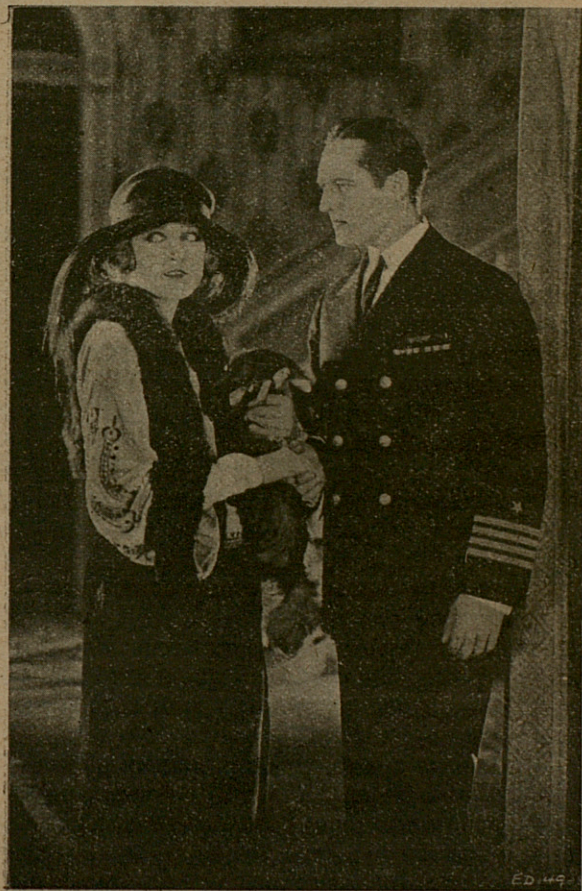
—Comprendido. Yo debo hacer que se enamore de mí...

—Sí, haz que pierda el corazón por ti y la cabeza por nosotros.

—Nada tan fácil para mí. ¿Qué valdrá este servicio?

—Lo que tú pidas. Tú sales ganando, porque conquistas a un hombre que es de tu gusto, como si fuese un capricho tuyo, y además tocas una respetable cantidad...

—¿Qué cantidad?... Veréis. Cuanto más amigos más claros.



Peg se aprovechó para "flirtear" con Decatur...

(pág. 20)

- ¿Qué pides tú?
- Veinte mil dólares.
- Si logras arrancar el secreto a Decatur, tendrás veinticinco mil...
- ¿Garantía?
- Como siempre... nuestra palabra... ¿Te ha fallado nunca?
- No hablemos más y manos a la obra...
- Mañana tendrás una ocasión única para iniciar tu campaña. Mañana se celebrará en la Academia Naval la fiesta anual de recibir los cadetes que terminan sus estudios sus títulos. Decatur asistirá, pues tiene un cuñado, el hijo del almirante Nervins, que termina sus estudios.
- Además, a mí me será muy fácil introducirme en casa del almirante Nervins y de Decatur, porque tengo amigos en varias Embajadas y no me costará pasar por prima de uno de estos amigos que me presentará en Washington como viuda rica e inconsolable.
- ¿Quedamos entendidos?
- Entendidos...

Después de la sorpresa dada a su señora e hijos por Decatur, al presentarse en su casa cuando menos lo esperaban, se juntó una sorpresa aun mayor al verle llegar en compañía del padre y abuelo de aquéllos.

La esposa de Decatur es aun joven y muy hermosa. Esta mujer ideal no tiene más que un anhelo: hacer la felicidad de su esposo, a quien ama con toda su alma. Este amor es el motor que inspira toda su vida y que la hace feliz... Sí, la esposa de Decatur es feliz

rodeada del amor de su esposo y del cariño de sus tres hijos.

Después de las expansiones naturales con su familia, el capitán Decatur se dirigió al Cuartel General del Servicio Secreto de la Marina Nacional, para dar cuenta a sus jefes superiores del cumplimiento de su delicada misión. Allí se entrevistó con el señor Collins, jefe del Servicio Secreto del Departamento de la Marina de Guerra, a quien presenta un informe documentado.

—Sepa usted, señor capitán—le dijo este jefe—, que para mantener la independencia de nuestro país, es necesario que algunos de nosotros trabajemos a la sombra y en el mayor secreto. Capitán, los datos que usted posee sobre la situación defensiva del Canal son tan secretos e inviolables, que antes debe usted morir que divulgarlos.

—Estoy convencido de mi misión, y cumpliré con mi deber aun a costa de mi vida.

V

¿Quién no ha contemplado el espectáculo que ofrece la Academia Naval de Anápolis—donde se educan los oficiales de la Marina de Guerra de los Estados Unidos—el día del reparto de notas resultantes de los exámenes de fin de curso?

En un inmenso salón, el de actos de la Academia, a ambos lados del estrado presidencial, en cuyo centro se halla el Ministro de Marina, están situados, sentados en bancos, los innumerables cadetes, con sus vestidos blancos, descubiertos. Tras de ellos un público formado por parientes y amigos de los futuros marinos, esperan impacientes poder aplaudir

los triunfos alcanzados en las lides escolares por aquéllos.

El secretario de la Academia lee su informe... Más que seguirle conviene que reconozcamos a algunos de los asistentes.

En primera fila vemos a una linda joven, una morena de ojos inmensos halagadores, que fija con insistencia en uno de los cadetes, quien a su vez corresponde sonriente a las miradas de la morena. ¿Quiénes son?

El se llama Gridley Nervins, hijo del almirante del mismo nombre, hermano de la esposa de Decatur. Ella se llama Dolores Cortés, española, hija de familia asturiana establecida en Washington. Ambos jóvenes se conocieron en un baile dado en la Embajada española, y Gridley se prendó de Dolores, quien a su vez se enamoró del cadete. En este momento sus ojos conversan con mayor elocuencia que la del Secretario cuyos párrafos brillantes quedan desaperecidos para muchos de los asistentes.

Así pasa con dos de los que ocupan las butacas de la primera fila a ambos lados del pasillo central. El es un brillante capitán de la marina de guerra, joven y apuesto, Decatur, que está sentado a la derecha de su señora. Otra de las personas a quienes no preocupa ni un ardite la peroración del secretario, es una señora que sentada en primera fila al lado del pasillo, hacia "pendant" con Decatur. Es joven, rubia, de una perfección de virgen griega. Sus ojos verdes, inmensos, relucen juvenetones en una órbita negra: ya hemos reconocido en ella a Peg Williams. A su derecha se sienta Histow y tras ella, Menchen. Peg

Williams nunca estuvo tan llamativamente hermosa. Desde que empezó la ceremonia, sus ojos buscan los del capitán Decatur y éste no tarda en ser atraído como la alondra en los reflejos de aquellos espejuelos color de cielo. Peg procedió con método: primero una mirada correspondida, luego otra y otra; después una sonrisa, y por fin, un suspiro.

Cuando terminó el acto en el salón y el público pasó a los patios para presenciar los ejercicios gimnásticos y evoluciones de los cadetes, Decatur estaba loco por aquella mujer singular que le había trastornado el juicio. La buscó entre la multitud de invitados; pero fué en vano: aquella belleza ideal había desaparecido.

Peg, para hacerse más deseada, había salido de la Academia: Decatur se había tragado el anzuelo hasta la caña... Ya volvería Peg a la carga con oportunidad... Las mujeres tienen la astucia del zorro y no es difícil que dejen escapar a sus víctimas cuando media el interés.

Al final de aquella fiesta anual, al entregar el Ministro a los nuevos alféreces de navío los presidenciales despachos, dijo, cuando le llegó el turno al hijo del almirante Nervins:

—Su patria, Gridley Nervins, se siente orgullosa al dar el parabién al cuarto miembro de una ilustre familia que sirve a la Marina.

Aquellas palabras hicieron saltar de gozo el corazón de una joven morena, en cuyos hermosos ojos asomaron dos lágrimas de placer inmenso: ¡Dolores Cortés, la linda asturiana,

consideró como propio aquel triunfo de su novio!

Aquella noche, cuando Gridley visitó a su novia en su casa, se desarrolló un idilio encantador: ¡la eterna canción de amor entonada por dos corazones puros que presagiaban una próxima felicidad!

VI

Celébrase un baile de gala en la Embajada española.

No faltan en la fiesta los personajes más salientes de la política, de la banca y de la marina. Allí vemos al almirante Nervins, al capitán Decatur y señora, al nuevo alférez de navío Gridley en compañía de su novia y la familia de ésta.

Se ha iniciado el baile, que resulta brillantísimo, y en aquel momento aparecen en la sala Histow llevando del brazo a una mujer sumamente llamativa: es Peg Williams.

Histow, después de haber preparado el tablero, se dispone a dar su primera jugada. Oigamos a estos dos personajes.

—Allí veo a Decatur—dice la joven en voz muy queda.

—Ante todo, Peg, es preciso que tus esfuerzos se dirijan principalmente a conquistar la amistad y confianza de la esposa de Decatur.

—Debes promover una presentación.

En aquel momento Decatur se fijó en la hermosa joven que, días antes, le había robado la tranquilidad y, al verla junto a Histow no se atrevía a acercarse. Este lo comprendió y murmuró en voz baja:

—Peg, te dejo a tus encantos, me parece que Decatur cae.

—Vete.

No se equivocaban. Al ver a Peg que se adelantaba sola, el garrido capitán, con el rostro encendido, buscó los ojos de la bella que le sonrió placentera. Decatur se inclinó ante ella. Peg correspondió acentuando más la sonrisa.

—¡Señorita!—saludó el capitán.

—Ya nos conocemos, ¿verdad, capitán?

—Sí, desde la fiesta de Anápolis.

—Eso es.

—Me complacería grandemente que me hiciera usted el honor de bailar conmigo esta noche.

—La complacencia sería mía... ¿Me da usted el brazo?

—Aun no conozco su nombre, señorita...

—Llámeme con el nombre que más le guste.

—Es usted hermosa con cualquier nombre.

—Me llamo Peg...

—¡Precioso como la que lo lleva!

—¡Ja, ja, ja!

—Oigame, Peg, ¿no se ha ofendido conmigo porque coqueteé con usted de un modo tan descarado en Anápolis?

—No sé por qué... No pude evitarlo... Por supuesto que yo ignoraba que usted fuese casado.

—¿Bailemos?

—Bailemos.

Y mientras Peg se agarraba fuertemente a Decatur, le deslizaba al oído:

—Deseo que usted me visite en mi casa... Luego le daré una tarjeta.

—Tendré un verdadero placer en ello. ¿Vi-
ve usted sola?

—Sola como un longo, porque mi primo Histow viaja casi todo el año... Necesito hablar con usted porque estoy sobre la pista de unos informes muy importantes que me parece debe usted poseer.

—Tendré mucho gusto en ser su cooperador.

—Es estrictamente confidencial... No se lo diga a nadie... ni a su propia esposa.

—Será usted obedecida.

Peg y el capitán quedaron unidos por los lazos de una inmensa simpatía, verdaderamente sentida impetuosamente por éste, pero completamente ficticia en ella.

Antes de salir del baile, y valiéndose de un amigo de Histow, éste y su prima fueron presentados al almirante Nervins y a la linda esposa de Decatur. Esta y Peg se ofrecieron mutuamente sus domicilios, prometiendo la linda extranjera—así se hacía pasar Peg—ir al día siguiente a visitarla.

No faltó Peg de cumplir su palabra, y al día siguiente se presentó de visita en casa de Decatur.

No tenemos por qué ponderar la amabilidad de aquella mujer para ganarse las buenas gracias de la señora del capitán. La red de seda se enreda hábilmente. Histow y su prima pronto se hacen íntimos de la familia.

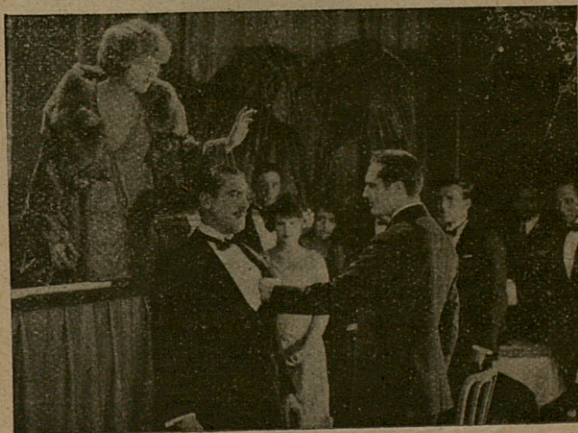
Peg se aprovechó para "flirtear" con Decatur y le invitó de nuevo a visitarla en su casa.

¡Qué contraste! Al mismo tiempo hallábanse Dolores Cortés y Gridley Nervins en casa de Decatur. Como contraste del amor tan ve-

hemente como traidor de Peg que procura enredar al capitán en la red de sus encantos, vemos el amor sincero y purísimo de la española y del nuevo marino.

VII

Por la tarde del día siguiente Decatur, atraído por las gracias de Peg, comete la imprudencia imperdonable de visitar a esta mujer peligrosa en el propio domicilio de ella.



...y encarose con el desconocido... (pág. 24)

Recíbele la bella en la intimidad de su *boudoir*, perfumada y maquillada, vestida con un "deshabillé" que dejaba en evidencia la preciosidad de sus formas esculturales.

Después de obsequiarle con vinos espumosos y licores enervantes y con cigarros egipcios a base de opio y de mostrarse enamorada de él, se abandonó Decatur en sus brazos y abandonó también su secreto en poder de la

"horizontal". ¡Que siempre fué la mujer el enemigo más temible del hombre y el motivo de su perdición, desde nuestra madre Eva!

Mientras en amoroso e íntimo coloquio se hallaban Decatur y Peg, llamaron a la puerta. Era la esposa del capitán Decatur que venía a devolver la visita a su nueva amiga. La señora de Decatur iba acompañada por su hija.

—¿La señorita Peg?—preguntó a la doméstica.

—La señorita está ausente.

En aquel momento la esposa de Decatur oyó una carcajada que parecía la voz de su esposo. Abrió una puerta y... ¡horror! ¡Decatur en brazos de Peg!

Desistimos de describir la situación en que se hallaron los esposos.

Decatur fué hacia su esposa. Peg, sonriente, también se acercó a ella.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—¿Yo?... Nada... ¡Llévame a casa!

—Vamos, mujer, sé razonable... Deja que te explique...

La niña, a quien Peg el día antes dijera: "Si vienes a mi casa te dejaré jugar con una perrita", interrogó a su padre:

—Oye, papá: ¿tú también vienes a jugar con la perrita?

El padre, sin fijarse en esta inocente pregunta, rogó a su esposa:

—Anda, vete a casa y déjame que trate un asunto de capital interés con la señorita Peg.

La esposa inclinó la cabeza para esconder unas lágrimas y fué avergonzada.

Peg y Decatur continuaron su dúo amoro-

so, amenizado con las burlas sangrientas que ambos hacían de la esposa digna.

Decatur estuvo en compañía de aquella desgraciada hasta altas horas de la madrugada.

Cuando Decatur volvió a su casa, su esposa le esperaba.

—Prométeme—le suplicó—que no volverás a hallar a esa mujer... De lo contrario, sería capaz de separarme de ti.

—Tu actitud insolente—respondió el capitán—me molesta.

—Más me molesta a mí que pases una noche en brazos de una mujer que no es la tuya... Así es que o me prometes no volver más con aquella mujer o...

—Amenazas no... Yo me voy. Si tienes que decirme algo estaré en el Hotel Arlington.

Dick Decatur se disponía a salir de su casa abandonando injustamente a su esposa e hijos. Al saberlo el padre y el hermano de la esposa injuriada, quisieron convencerle inútilmente.

—¿No vas a cometer un grave error, Dick?—le preguntó su cuñado Gridley.

—Me parece que lo cometí el día que me casé con tu hermana.

Gridley levantó el brazo en actitud amenazadora, gritando:

—¡Retira esas palabras, si no quieres que te obligue a tragártelas de un puñetazo!

El almirante Nervins detuvo el brazo de su hijo y con solemnidad ordenó:

—Puedes irte, Dick... Te creía más digno de mi hija.

VIII

La red tejida por unos miserables alrede-

dor del capitán Dick Decatur está a punto de encerrarle entre las mallas del escándalo... que es lo que buscan los traidores, muy bien ayudados por su excelente colaboradora Peg Williams.

Esta y su amante Decatur llegan a uno de los aristocráticos casinos donde ocupan un palco, con gran escándalo de los conocidos del marino, entre quienes se hallan algunos de los allegados de su esposa.

Los dos amantes ocupan un palco de platea del salón de baile y piden se les sirva la cena. En una mesa dispuesta bajo el palco que ocupan, se sienta un caballero joven, alto, distinguido. Previas unas señas que se cruzan entre este desconocido e Histow, que ocupa el palco superior al de Decatur y su amante, el joven alto y distinguido hace señas muy visibles a Peg, buscando "flirtear" con ella.

Por supuesto, que este juego se lo traen los traidores y no tiene otro objeto que hacerle perder la cabeza con el fin de que la desesperación se apodere de él y hacerlo su cómplice y aliado.

Siguiendo instrucciones recibidas, Peg se levantó y fingiéndose airada, se dirigió al personaje que con ella simulaba "flirtear", diciéndole:

—¡Caballero, usted me molesta!

El aludido respondió con una palabra soez, a la que sólo podía responder el acompañante de la mujer. Decatur se levantó, bajó del palco y encaróse con el desconocido, que le insultó. El capitán respondió dándole tan fuerte bofetón que lo echó de espaldas.

Gran revuelo se promovió en la sala. Acer-

cáronse varios marinos de alta graduación al capitán, y entre ellos el almirante Meode, quien se encara con Decatur y le afeó su acción. El capitán respondió con otro bofetón al almirante y quedó detenido por insulto a un superior.

Momentos después, Peg y sus amigos salían del club jubilosos: su plan salía a las mil maravillas.

IX

El capitán Dick Decatur ha sido juzgado por un consejo de guerra, que fué implacable para con él: le condenó a la degradación y expulsión del servicio y a la pérdida de todos sus derechos como ciudadano de los Estados Unidos.

Al son siniestro del redoble de tambores y clarines, llegó el preso al patio de la prisión militar donde estaban formadas las tropas. Allí, ante sus compañeros de armas, un oficial leyó la sentencia. El jefe que mandaba las tropas se acercó a Dick Decatur y tomándole la espada del cinto la rompió en dos contra su rodilla y la arrojó al suelo; luego le arrancó los galones, las charreteras, las condecoraciones y hasta los botones, echándolo todo al suelo. Luego, el juez que mandaba las tropas pronunció:

—¡Quedó cumplida la sentencia! ¡Que el sentenciado salga de los Estados Unidos!

Los soldados que daban guardia se retiraron. Decatur, en medio de un imponente silencio, blanco como la cera, pronunció con entereza, de modo que todos lo oyeran:

—¡Patria mía!... ¡Justa o injusta, siempre trabajaré por tu grandeza e independencia!

Estas palabras emocionaron a muchos.

X

¡Por una mujer!... Es la hembra la más sublime obra de la Creación y a la par la más dañina. ¡Por una mujer nos vino la perdición, y por una mujer la salvación!

¡Por una mujer se halla Dick Decatur fuera de la ley!

Los espías y traidores de los Estados Unidos quieren aprovecharse de su situación para trabajar contra la patria que en el momento más amargo de su vida él ha jurado defender.

Pero ese mismo hombre, en un momento de abandono en brazos de una mujer ha hecho una declaración que puede ser perjudicial para su patria.

Su primer pensamiento es corregir su yerro y evitar una catástrofe, pues sabe Decatur que las escuadras del Pacífico y del Atlántico han de reunirse en este mar para las maniobras navales en proyecto; sabe también que los enemigos de su patria van a procurar volar el canal de Panamá cuando la escuadra del Pacífico vaya a pasarlo.

Fingiéndose enemigo de los Estados Unidos ofrece su colaboración a los traidores y se embarca con Histow en dirección al canal, donde Menchen espera órdenes.

Mientras la escuadra del Pacífico, al mando del almirante Nervins zarpa en dirección del canal, el transatlántico fletado por Histow, en el que va Dick Decatur, se ha adelantado una singladura a la escuadra y se acerca al canal.

Entremos en la cabina del telegrafista del



¡Lucha titánica que dura varias horas!

(pág. 28)

"Laffayette", que enarbola la insignia del almirante Nervins.

El telegrafista recibe un parte entrecortado que no comprende: "Al-mi-ran-te Ne-vins bu-que ban-de-ra..."

He aquí el enigma:

En el buque fletado por Histow, Decatur quiere transmitir por T. S. H. un parte a Nervins para avisarle el peligro que corre; pero Histow, que ha sorprendido al ex capitán traicionando su causa, entra en la cabina y lucha con Decatur. ¡Lucha titánica que dura varias horas!... Logra Histow ponerse en el aparato y transmite: *Hoy embarco cargamento—Histow*, que para Menchen que recibe el parte significa: *Vuela mina cuando escuadra llegue esclusa*.

Una terrible tempestad pone al buque de Histow en peligro frente a la entrada del canal y los marineros, procurando salvar sus vidas, no se enteran de la lucha que tiene lugar en la cabina telegráfica.

Decatur logra asestar un golpe en la nuca de Histow y éste, que cae sin conocimiento, arrastrado al mar por las olas que barren las cubiertas del barco.

Decatur puede, no obstante, mandar este parte, que es recogido por el "Laffayette": *Buque traidor bandera alemana entrada Canal*.

Una hora después el "Laffayette" echaba sus botes al agua para acercarse al buque de Histow desmantelado. Hallaron a Decatur, quien les dijo:

—Llévenme a presencia del almirante Nervins.

En aquel momento parte de la escuadra penetraba en el Canal.

Apenas Dick Decatur estuvo ante el almirante le dijo:

—Ordene inmediatamente a la escuadra salir del canal, pues hay traidores cerca de Gatum que quieren volar la esclusa.

La orden fué transmitida a la escuadra por telegrafía sin hilos. Inmediatamente, dos regi-



...Peg Williams fué apresada (pág. 30)

mientos de la infantería de marina desembarcaron y sitiaron a Menchen y a los demás espías, que cayeron en poder de las tropas americanas en el mismo momento en que parecían iban a lograr los enemigos de los Estados Unidos su mayor triunfo.

Los espías fueron pasados por las armas. Merced a las declaraciones de Dick Deca-

tur, Peg Williams fué apresada y deportada, llevando en su alma un odio mortal hacia el ex capitán.

Dick Decatur ha cumplido su palabra: ¡Patria mía, justa o injusta, siempre trabajaré por tu grandeza e independencia!

EPILOGO

Limpio ya el país de secretos enemigos, las dos escuadras están reunidas en el Atántico.

En el buque almirante se oye el toque de "a reunirse". Toda la tripulación está formada en el puente. El almirante Nevins, por orden del Ministro de Marina, va a rehabilitar al ciudadano que, con exposición de su vida y siguiendo la inspiración de un *mudo mandato*, ha salvado miles de vidas humanas con exposición de la suya propia.

Dick Decatur está junto al almirante. Este habla:

—Marinos, la reparación debe hacerse con honores. Por orden del Ministro de Marina tengo el gusto de presidir la rehabilitación de un ciudadano norteamericano. Dick Decatur ha salvado a la marina de guerra de nuestra patria de un día de duelo. Desde hoy, este ciudadano, a quien abrazo en nombre de la patria, queda rehabilitado como capitán de la marina de guerra y en uso de sus derechos como ciudadano de los Estados Unidos. ¡Qué insuficientes son las palabras cuando el mundo recoge a un hombre desde el abismo de la degradación y lo lleva al pináculo de la hon-

ra!... ¡Tres hurras por el capitán Decatur!
¡Hip, hip, hip!

—¡Hurra!—clamaron todos a coro.

—¡Hip, hip, hip!

—¡Hurra!

—¡Hip, hip, hip!

—¡Hurra!

Dick Decatur volvió al seno de su familia, donde encontró los brazos amantes de su esposa y de sus amados hijos y en ellos la felicidad suprema...

Desde entonces ¡qué miedo cobró Decatur a los ojos encantadores de las mujeres hermosas!

Pocos días después, una nueva alegría inundó a las familias Nevins-Decatur: Gridley Nevins y Dolores Cortés se unían con los indisolubles lazos del matrimonio...

¡Y en el final de la jornada triunfa también el Amor!

FIN

Número 125 — BIBLIOTECA FILMS — 25 Cts.

¡¡¡ACONTECIMIENTO!!!

YA ESTÁ EN VENTA

Don Q., hijo del Zorro

Continuación de la interesante novela

EL SIGNO DEL ZORRO

Soberbia creación de

DOUGLAS FAIRBANKS



LEAN CADA JUEVES

Biblioteca Infantil Cinematográfica

Primera novela en 4 cuadernos

RIN-TIN-TIN

GUARDA DE FARO

Segunda novela en 4 cuadernos

RIN-TIN-TIN

BUEN TESTIGO

Próxima novela en 4 cuadernos

RIN-TIN-TIN

PERSEGUIDO EN LA NIEVE

10 céntimos
cuaderno

CELEBRIDADES DE VARIETES

- N.º 1. Ramper (2.^a edit.)
 » 2. Mercedes Serós
 » 3. Elvira de Amaya
 » 4. Lepe
 » 5. Argentina
 » 6. Chelito
 » 7. Luis Esteso
 » 8. Pilar Alonso
 » 9. La Goya
 » 10. Casimiro Orías
 » 11. Spaventa
 » 12. Pastora Imperio
 » 13. Amalia de Isaura

- N.º 14. Lolita Méndez
 » 15. Rico y Alex
 » 16. Adelita Lulú
 » 17. Imperio Argentina
 » 18. Luisita Esteso
 » 19. Balder
 » 20. Olimpia d'Avigny
 » 21. Mary Isaura
 » 22. Moreno?
 » 23. Dora la Cordobesita
 » 24. Lucinda de la Torre
 » 25. Toresky

CELEBRIDADES DEL TEATRO

- N.º 1. Miguel Fleta
 » 2. Enrique Borrás
 » 3. Margarita Xirgu

- N.º 4. Cora Raga
 » 5. Sagi Barba

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

- N.º 1. Manuel Báez Litri
 » 2. J. Anlló «National»
 » 3. Juan Belmonte
 » 4. Pablo Lallanda

- N.º 5. B. Lausín «Gitanillo»
 » 6. Nicanor Villalta
 » 7. Valencia II

Únicas publicaciones en su género, que ponen en contacto el alma del artista con la de sus admiradores, por medio de entrevistas verda, las cuales constituirán en breve, una verdadera

BIBLIOTECA DE ORO

por ser el archivo obligado de todos los artistas de fama del arte cómico, dramático y frívolo.

Cubiertas a varias tintas. Literatura selecta. Reproducciones de fotografías particulares e inéditas. Con cada librito se obsequia a los lectores con una elegante tarjeta postal firmada y dedicada por el artista.

Solo cuesta **30 céntimos** cada ejemplar

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS - Calabria, 96 - BARCELONA

Solicitemos corresponsales